



## Castellón

Antonio Ballesteros Vilchez, 67

Alberto Caballero Aranda, 28

### SOBRE LAS IMÁGENES VELADAS

Aquel acontecimiento secreto, que sólo el pasar del tiempo ha transformado en divertido, había ocurrido hacia 1950, en una soleada tarde del mes de mayo, mes en el que España se vuelca a celebrar la figura de la Virgen María.

Entre valles, abierta como una granada, una ciudad andaluza asimilaba, a su modo, la digestión de una guerra fratricida, en la que el eco de unos terribles ladridos se alzaban asegurando la existencia de vencedores sobre vencidos. Había unos inocentes muy particulares, que trataban de superar otras lides; aquí el hambre, allí las enfermedades, más allá la incomprensión y el cercenamiento de la verdad, en rededor de todo el totalitarismo: Eran los hijos de la posguerra, que abrían los ojos por primera vez.

Pero la ilusión y la imaginación asisten cuando muchas cosas necesarias faltan, y para un niño de diez años, como era Antonio, aquella ciudad andaluza formaba un universo ingenuo, alejado aún de su pasado. Antonio Ballesteros Vilchez disfrutaba yendo al colegio. Aquel colegio del Barrio Figares que preparaba todos los jueves excursiones. Los muchachos soñaban con que llegase ese día de la semana, para abandonar los libros y salir a explorar la ciudad o la naturaleza. No esperaban del mismo modo los días en los que llegaban aquellos muchachos mayores, y les obligaban a hacer gimnasia y a cantar aquel relamido himno con la mano alzada en gesto imperial. Entonces surgía en Antonio como una resistencia innata y se limitaba a fingir que cantaba.

El muchacho, con diez años, era un excelente dibujante, y ello se lo debía en gran medida a la apreciación por el orden y la limpieza que le había transmitido su abuela materna Antonia. Porque la abuela Antonia lo llevaba a todas partes con ella, en especial a las tiendas y mercados, procesiones, plazas. Mujer de gran inteligencia y entereza, la abuela del muchacho había sido sastra y, con más de veinte chicas cosiendo a su cargo, maestra del oficio; lo que le había retribuido una jubilación plausible. Giró la infancia de Antonio en torno a ella, y todavía más, desde que con apenas siete años, el chico perdiera a su padre; debido a aquella maldita enfermedad pulmonar, innombrable, que hacía manchar los pañuelos blancos de corinto.

Aún así, el recién descubierto secreto de aquella tarde de mayo, fue a contárselo a su madre, Ana. El aula de Antonio en el colegio poseía un pequeño balconcillo azul acristalado que daba a la calle. Ahí, de ordinario, los muchachos acondicionaban en mayo un altar para una Purísima que lucía fotografiada en un cuadro; a ella le cantaban y rezaban.

La tarde del singular evento, Antonio se quedó observando el cuadro con detenimiento y encontró que el cristal estaba ligeramente sucio. Decidió limpiarlo, retiró clavo por clavo hasta separar la madera que protegía la imagen en el interior del marco. Al extraer la imagen de la Virgen apareció, tras ésta, otra virgen bien distinta. Él pronto apreció que no era la Santa Madre: llevaba los cabellos al aire, miraba al cielo; sostenía en una mano una balanza y en la otra una bandera de tres vivos colores; vestía muy elegante; mostraba un pecho blanco al aire e iba acompañada de un león; y a sus pies, había multitud de flores y libros.

Ballesteros, hoy con 67 años, se sincera y asegura que realmente no supo que se hallaba ante una imagen de la II República, tal vez por ello fue con aquella señora y su león paseando por todo el colegio en busca de su maestro. En aquellos días se ocupaba de la educación del niño un hombre que pasaba la mediana edad, de cabello ausente, enjuto. Sus alumnos solían llamarlo Napoleón; dispuesto en sombrero, chaqueta y corbata; siempre iba con la mano en pecho, como buscando una dama ante la que inclinarse. Era don Antonio Calvo Flores.

Cuando don Antonio vio al joven muchacho con la imagen del régimen depuesto en la mano, sus miradas se cruzaron. Antonio y sus diez años no hicieron más que agitar la imagen, diciendo con sencillez: —mire lo que he encontrado. A lo que el profesor no hubo más que contestar como dolorido y con nerviosa calma: —Guarda eso inmediatamente donde lo has encontrado y no se lo digas a nadie. Antonio vio la preocupación de Don Calvo e intuyó que aquello debía de ser cosa seria, de modo que escondió la imagen de nuevo tras la Purísima. Ana, la madre de nuestro Antonio, confirmaría las palabras del maestro, diciendo con un tierno acento andaluz: — ¡Qué alma tienes hijo mío; No se lo cuentes a nadie.

Recordar, compartir, aprender

Aquella tarde Antonio intuyó que la imagen retornaría algún día para desentrañar su singular enigma. Efectivamente, con las primeras preocupaciones propias de un adolescente despierto y anheloso por averiguar la historia de su país, el joven Ballesteros halló gran parte de esa respuesta dentro de un grupo de amigos muy especial.

Fue más adelante, cuando el muchacho cumplió los catorce años, el destino quiso que tuviera que trabajar como aprendiz de sastre. Su perseverancia por estar rodeado de personas con intereses intelectuales, le llevó a reunirse con un grupo de jóvenes estudiantes de bachillerato. Fue en Acción Católica, el célebre movimiento de difusión internacional fundado por el prelado belga Joseph Cardijn en 1920, donde Antonio encontró jóvenes cuyas inquietudes religiosas, políticas, artísticas y culturales eran afines a las suyas.

Varios años después, con veintidós años, será en una excursión de Acción Católica donde Ballesteros conocerá a su actual esposa, Antonia. Hoy el matrimonio estudia en la Universidad para Mayores de la Universidad Jaume I de Castellón.

Antonio, que vivió la posguerra de la Guerra Civil Española, considera esta guerra como un preludio de la II Guerra Mundial, guerras en las que si bien hubo vencedores y vencidos... advierte que fueron, más que un error, un Horror en el que Todos Perdimos.

### LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Despertar cada día con la ilusión de hacer algo nuevo, distinto al día anterior. Saber que me brinda nuevas oportunidades y retos, nuevas esperanzas.

Abrir los ojos con agradecimiento y disponibilidad, salir de la autocomplacencia, arriesgarme a compartir, a aprender a escuchar para descubrir las necesidades del otro o la otra en lugar de perseguir mis propias expectativas.

Saber que en cualquier lugar alguien me ama o necesita de mi amor y darlo con generosidad, sin pedir a cambio. Sentir que el hogar es un germen de nuevas vidas, de nuevos proyectos con vida propia, que reclaman mi atención, sabiendo estar a su lado sin interferencias, renunciando a cualquier derecho y aceptando el papel de acompañante en su camino.

Aprender a escuchar más allá de mis criterios, de mis prejuicios, de mis miedos; Estar abierto a la observación del gesto de la demanda y abrir mis labios para apoyar sin juicio previo.

Abrirme al perdón de los que considero mis enemigos, asumir que su reflejo es mi propia imagen que no tolero, saber que debo perdonarme para poder perdonar luego.

Sentir en mi propia carne la opresión y la intransigencia para poder comprender la sin razón de la pobreza. Que la solidaridad no sea en mi un deseo sino la realidad de un compromiso.

Estar en un constante proceso de crecimiento, de creatividad, de sacar de adentro, para contribuir con la vida, contribuir al progreso.

Acostarme por la noche y rendirme al sueño sabiendo que el día ha sido completo y cerrar los ojos sin miedo, esperar una nueva mañana, otra oportunidad para realizar un nuevo sueño, sentir que la vida sigue y que me da según yo voy poniendo.

Gracias a la vida que me ha dado tanto.